

Frases célebres de estas barrabasadas: *Y au-llarán todos los habitantes de la tierra.* Capítulo XLVII, versículo II. Aquí del comienzo del *Hombre que ríe* de Victor Hugo; «Lupus» *eté un homme et «Homo» eté un un loup.*

Galvez vino sobre Gaza. Versículo V. Una ciudad tenéis aquí de poco pelo.

¡*Ay de Nabo!* Capítulo XLVIII, versículo I. No hay que alarmarse: este Nabo no es una horraliza, es una ciudad. *Maldito el que hace la obra del Señor fraudulentamente.* Versículo X. ¡Ojo, presbíteros, con tener corrientes las licencias!

Por tanto, mi corazón resonará á Moab como flautas; y mi corazón dará sonido de flautas, versículo XXXVI. Esta es una moda nueva. Hasta ahora eso de sonar como flauta, se había dicho de las tripas mal alimentadas.

Por manera, y para terminar por hoy: cuando el hambre ó una mala digestión os traigan la barriga alborotada, decid conmigo, ¡oh, eredulitos hebraizantes y teológicos!: «Tengo las tripas como el corazón de Jeremías cuando profetizaba contra Moab.»

CLX

Desde que á Jeremías se le puso *el corazón como una flauta* profetizando contra Moab, el pobre hombre dió un bajonazo tremendo, no quedándole espíritu más que para vaticinar en dos capítulos, que son el L y el LI, la ruina y destrucción del imperio de los caldeos por los medos y persas, y la caída y desaparición de la famosísima Babilonia.

Aunque la cronología anda tan por los suelos en las historias bíblicas, y tan por las alcantarillas en las profecías, fácil me sería hacer reír al público á costa de unas *visiones*, en que se detalla lo que sucede más de setenta años después que *honradamente* hay que suponer fueron escritas

También podría comentar las notas y acotaciones que á ellas ponen los comentaristas canónicos, sacando partido de vaguedades y simplezas del texto jeremiaco para acusar, con varios siglos de anticipación, á los judíos de *deicidas*, al tiempo mismo que Dios les promete misericordia eterna y la restitución á Jerusalem.

Véase el anuncio, que está lleno de poesía:

«En aquellos días y en aquel tiempo (no sé cuántos) dice el Señor: vendrán los hijos de Israel, ellos y juntamente los hijos de Juda; andando y llorando se apresurarán, y buscarán al Señor su Dios. Preguntarán el camino para Sión, haciéndole acá sus rostros. Vendrán y se agregarán al Señor con una eterna alianza, que ningún olvido borrará.»

Aquí no hay para reír más que á cuenta de los teólogos, cuando interpretan lo de la *eterna alianza*. Todos los hombres de buen gusto literario, que sientan en sus corazones el amor de la patria, hallarán sublime este pasaje en que un vencido de la fuerza bruta, arrebatado de entusiasmo, ve en un porvenir remoto volver del cautiverio á los hijos de los que con sus ojos vió á él llevar, y que olvidados en la miseria de la esclavitud hasta del camino de la ciudad amada, tienen que preguntar dónde la hallarán al transeunte.

Porque, como tengo muchas veces advertido, si los teólogos no hubiesen corrompido la *Biblia*, obligándola á servir sus concupiscencias, los hombres de buen sentido tendrían en ella mucho que admirar, pues los que la escribieron *no fueron ranas*.

¡Qué había de serlo el que, conocida la flaqueza íntima de aquel aparatoso imperio caldeo; las abominaciones de aquel Gobierno infame, puramente despótico, en que los hijos cortaban bonitamente la cabeza á sus padres para apresurar la herencia de la corona; los devaneos estúpidos

de una religión miserable, en que por interpretación de las nubes tostaban las fieras sacerdotales á los chiquillos y las personas mayores: anuncia y vaticina que aquello es absolutamente imposible que pueda durar siempre, ni siquiera muchos años?

Jeremías, profetizando la ruina del imperio caldeo, no es más profeta, ni tampoco menos cuerdo que el nihilista de hoy en día, que dice á todos los vientos: caerán los czares, se arruinará ese despotismo horrible que humilla al noble pueblo ruso y esclaviza á tantos otros pueblos; ó, trayendo el asunto á comparaciones más inteligibles; Jeremías, al profetizar la caída de Babilonia, no tiene más ni menos mérito que yo mismo, cuando tengo profetizada la caída de lo que á mordiscos y patadas se disputan los íntegros y los mestizos; quiero decir, los 42 millones de pesetas del presupuesto eclesiástico. El que no ve esto ahora en España está ciego; el que no veía en tiempo de Jeremías que á Babilonia le tocaría un día el premio gordo de la lotería de destrucciones, que entonces se usaba, era un tonto.

Y lo que es Jeremías, podrá haber quien crea que se pasaba de listo; pero lo que es por tonto sólo puede tenerle otro que tal, y de remate.

No es de tontos saber, como Jeremías sabía, que el que mal anda mal acaba, que el que abusa de su poder tropieza con quien le cobre estos abusos en estacazos, que el que obra iniquidad en iniquidad será pagado.

Ved cuán claramente asienta el profeta esta sabia doctrina política del sistema retributivo, según las obras:

«Anunciad contra Babilonia á todos los muchísimos que entesan arco; asentad el campo contra ella alrededor, y no escape ninguno.» RETOD-NABLE SEGUN SU OBRA; SEGUN TODAS LAS COSAS QUE HIZO.

Lo de siempre, que hace falta que aprendan los

humanos, para acabar de una vez con esos embolismos de las guerras y de las valentías. Orgulloso Nabucodonosor, sale de madre, inunda las naciones, comete iniquidades sin cuento (recuérdese la muestra de degollar á los hijos de Sedecías delante de su padre y sacarle luego á éste los misereros ojos que tan cruel suplicio habían presenciado) y hace barrabasadas sin número, creyéndose invencible é inmortal. Pues bien; sus propios hijos asesinan al monstruo, monstruos ellos mismos, y el imperio creado por tales medios, cae hecho polvo á sablazos de los persas y medos de Ciro el Grande, que también resultó un mozo digno de un garrote en cuanto á moralidad de los medios que empleó para elevar la Persia á la cumbre de las naciones. A los persas dieron mulé los macedonios y á éstos los romanos; porque allá se anduvieron todos en respetar el derecho y santificar la justicia; únicas cosas—sábelo, desventurado adorador de la fuerza—únicas cosas que fundan lo indestructible.

Lo que la espada hace, la espada lo deshace, con la misma ó mayor vergüenza en un caso que en otro. Sólo las obras de la paz quedan. Quedan de los romanos las leyes justas que enseñaron á las naciones; lo otro, la vanagloria militar, fué convertida en escarnio é irrisión. Los romanos tomaron á Numancia; pues bien, los españoles asaltamos, andando el tiempo, á Roma, haciéndole pasar á los romanos y romanas las de Caín. Los franceses de Napoleón entraron triunfalmente en Berlín, haciéndose presentar las llaves de la ciudad en una bandeja, y los alemanes de Guillermo, apenas pasados setenta años, entraron en París, dejando los Campos Eliseos llenos de inmundicia. Hasta que unos y otros, aquéllos y éstos, todos los hombres, no digamos, riéndonos de la gloria militar, *en pata, y, donde las dan las toman, y, hoy por tí y mañana por mí, y, lo mejor de los cañones es no dispararlos, todo*

andaré manga por hombro en la sociedad, y volviendo ya á mis burlitas teológicas, cualquier Jove y Hevia ó cualquier Connelerád podrán tirárselas de Jeremías, anunciando que esa pelea de gallos fusionistas, que trae escandalizada la España, acabará en la ruina y desolación de lo que á picotazos se disputan.

Adivina, Juan, que sea ello.

Oyó—dice Jeremías—«oyó el rey de Babilonia la fama de ellos (los medos y persas) y se le descoyuntaron las manos; angustia se apoderó de él, dolor como á la que está de parto.» Es lo que sucede á todos los valentones. Cuando tropiezan con otro más débil, la arrogancia les vuelve las entrañas de pedernal; cuando topan con quien se las tiene tiesas y les ajusta las cuentas de sus canalladas, entonces se les descoyuntan las manos, y se angustian, y chillan como la que está de parto. La historia es tan vieja, que hace reír á costa de los bravos á los justos. Algún día reirán los españoles á expensas de esos bravos que, resguardados por las bayonetas, á todos se atrevieron contra el derecho del pueblo, y cuando las bayonetas les faltan, echan á correr como liebres conservadoras, ó se esconden entre las esteras como el perínclito Godoy.

Lo soberanamente ridículo en estas profecías consiste en que los que apalean son en ellas declarados brazos de Dios. Más adelante, con un poquito más de pudor teológico, se contentaron los místicos con llamar á Atila *azote de Dios*. He aquí cómo Jehová declaró su voluntad á los persas.

«Y quebrantaré por tu medio al caballo y al caballero; y quebrantaré por tu medio al carro y al que sube en él; y quebrantaré por tu medio al hombre y á la mujer; y quebrantaré por tu medio al viejo y al mozo; y quebrantaré por tu medio al joven y á la doncella; y por tu medio quebrantaré al pastor y á su grey, y por tu me-

«dio quebrantaré al pastor y á sus yuntas; y por tu medio quebrantaré los caudillos y los magistrados.»

Muchos motes tuvo Adonai, pero se olvidaron los viejos de llamarle por el que mejor le cuadrara, que es el de *Quebrantahuesos*, pájaro de mal agüero.

A vueltas de estas enormidades hallo estas donosuras por el estilo:

«Correo se encontrará con correo; y mensaje-ro alcanzará á mensajo; para noticiar al rey de Babilonia que su ciudad ha sido tomada desde el un cabo hasta el otro, y que los vados están tomados, y las lagunas ardiendo en fuego y que los hombres guerreros están turbados.»

Esto es lo que se llama una hermosa descripción y un rey en apuros. ¡Buenos tendría los calzones el monarca caldeo con semejantes noticias! Ni Isabel, cuando los moderados se atropellaban por las escaleras para anunciarle que tal ciudad se había sublevado, que tal regimiento se había pasado á los revolucionarios, y que, en fin, á Novaliches le habían roto la mandíbula de un cañonazo.

Porque el oficio de rey, que parece tan apetitoso, tiene quebras fatales, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, y los pocos que le quedan ya de estar en moda.

A Dionisio, rey de Siracusa, le vieron los atenienses hecho un botargas, borracho, de la noche á la mañana, siendo el hazme reír de los chíquillos.

A Agis, rey de Esparta, le ahorcaron malamente en un calabozo.

A Sedecias, rey de Judá, ya le acabamos de ver sacar los ojos y marchar cargado de grillos á Babilonia.

A Ataulfo, primer rey de España, le asesinó malamente Sigerico en Barcelona.

A Sigerico, nuestro segundo rey, le dieron la puntilla á deshora.

A Turismundo, ídem del puñal, que era el lienzo que se usa *in diebus illis* para las mortajas reales.

A Teodorico, otro rey español, le mató á cuchilladas un hermanito suyo, que luego fué rey con el nombre de Eurico.

A Teudis, otro rey español, le atravesó de pecho á espalda, con su espada, un loco, ó que fingía serlo, porque ya es cosa vieja eso de las *coartadas* por razón de *chifladura* previa ó concomitante.

A Teudiselo, rey también de España, sus propios nobles y amigos, á quienes por su desenfrenada lujuria tenía ofendidos, le cosieron literalmente á puñaladas en un banquete, en Sevilla, teniendo los jurados la precaución de apagar las luces para ocultar mejor su poca aprensión monárquica.

Agila, sucesor de Teudiselo, cayó como éste, en Mérida, á estocadas, que le dieron sus comilitones.

A Hermenegildo, á quien los católicos llaman rey y santo de añadidura, le cortaron la cabeza de un hachazo, por orden de su señor papá Leovigildo, allá por Tarragona, si no ando trascordado, escribiendo como escribo esta letanía lauretana puramente de memoria.

A Luiva II, hijo de Recaredo, el festejado ahora por el marqués de Cerralvo, matáronle malamente en Toledo. Antes de asesinarle le cortaron, por un exceso de lujo, la mano con que se persignaba.

Viterico, que dió catite á Luiva, fué por sus mismos oficiales asesinado, y el buen pueblo toledano, por no ser menos, echóle una sogá al cuello al cadáver regio, y después de arrastrarle bonitamente por las calles, tiróle definitivamente al Tajo.

Sisebuto murió, como dice Ramos Querencia que murió aquel pobre preso Morlanes, esto es, de una *purga* que le dieron y le curó de una vez de indigestiones.

Y Chindasvinto ídem de la farmacopea toxicológica.

A Wamba le cortaron la coleta después de propinarle un narcótico, con lo que le inutilizaron para el toreo monárquico, dado el estilo que usaban los peluqueros góticos.

Si hubiera de contar cómo acabó la dinastía de los Omeyas, habría de recordar escenas propias de caníbales, de Savalls y del cura de Santa Cruz.

Al emperador Claudio le envenenó un médico, tocándole con una pluma la campanilla para provocarle el vómito. Al emperador Tiberio le apresuraron la muerte echándole encima una pila de colchones, para que no se oyeran los chillidos que daba el malvado viejo, duro de pelar. Al emperador Nerón, que había hecho asesinar á su madre, le mató un liberto de una estocada que le tiró al cuello. Calígula había antes acabado malamente, como acabaron después Galba, cuya cabeza pasearon los pretorianos en una pica, Vitelio que fué arrastrado y Otón que se atravesó el corazón de una puñalada.

Domiciano murió también asesinado por un oficial, que se fingió manco para asegurar mejor la estocada; y hasta de romanos, que me canso de registrar regicidios por Italia.

Don Fruela fué en España asesinado por su hermano, como lo fué más tarde Don Pedro el Cruel por D. Enrique de Trastámara.

A D. Sancho es sabido que le mató á trasmaño Bellido Dolfos en Zamora, como es sabido que al príncipe D. Carlos le hizo morir su padre don Felipe II, persona eminentemente católica, sacra, majestuosa y agusanada á última hora.

Los ingleses le hicieron la operación sencilli-

ma de seccionarle el cuello á su famoso rey Carlos I, y la reina María de Inglaterra repitió el juego con su egregia prima María Stuardo.

Los franceses, por no quedarse atrás, guillotinaron á Luis XVI y su *casta* esposa María Antonieta de Austria; destronaron á Carlos X, á Luis Felipe de Orleans y á Napoleón el Chico. Al Grande los ingleses le amarraron, nuevo Tántalo, á la Peña de Santa Elena. Y en nuestros días, ahí está el sultán Ab-dul-Azis, á quien sus amados súbditos obligaron á *suicidarse*, abriéndole las venas con unas tijeritas dentro de un baño caliente, para que se muriera más aprisa y más á gusto; cómo está el czar Alejandro II, que saltó hecho pedazos por una bomba de nitroglicerina.

¿Qué más? Hasta los americanos, queriendo también tener su pizquita de regicidio en su historia, fusilaron con la mayor cortesía al emperador Maximiliano.

Ahora, por fortuna, las cosas no pasan tan trágicamente. Los pueblos, cuando se aburren de los reyes, los dan la licencia, el canuto, que dicen los soldados, despidiéndolos en la última estación de ferrocarril del reino, con las formas más correctas. Así hicieron los españoles con Isabel II; los bábaros, con el rey Luis; los napolitanos, con Francisco II, y han hecho últimamente los serbios con su Milano.

Un poco me ha apartado esta digresión de Jeremías; pero, después de todo, ¿qué queda de su *Profecía* que comentar? Nada. Porque el capítulo LII y último que en ella aparece, es un mal pegote, un burdísimo zurcido, que el mismo que le hizo tuvo buen cuidado de poner al final del capítulo LI *Hasta aquí las palabras de Jeremías*, para que ni los más topos de los católicos disparatasen atribuyéndosele al fraile de Anatoh.

Que después de tantos desastres como dejó

anunciados, todavía tuvo humor para llorarlos en otro libro que, á continuación de *La Profecía*, aparece en la *Biblia* con el nombre de *Lamentaciones*.

Y como mis repetidas denuncias me dan bastante argumento para lamentaciones del prójimo para otro día. Cuidados ajenos matan al asno, y no quiero que me coja el refrán por la cola. Allá los católicos se agarren á un clavo ardiendo para seguir cobrando los diezmos y primicias, que reza un mandamiento eclesiástico—ya caducado—se deben pagar á la Iglesia de Dios.

NOTA DE NOTAS.—Para que se comprenda bien por todo el mundo la exageración puramente gitanesca de la *Biblia*, que tantas veces he hecho notar, conviene reducir á número y medidas esas frases ponposas de la *trasmigración á Babilonia, la destrucción y asolamiento de Jerusalem, la despoblación de la Judea*, y otras del propio calibre:

En el 7.º año de Nabucodonosor, rey de Babilonia, fueron llevados á esta ciudad, desde Judea.	3.023 almas.
En el año 18.º se transportaron.	832 »
En el año 23.º	745 »
<i>Total</i>	<u>4.600 »</u>

Esta es la quinta parte de las que en un sólo año emigran de España para la República Argentina, huyendo del mal gobierno de Sagasta, y no oír hablar del ejercicio de la regia prerrogativa.

¡Y para cuatro gatos tanto ruido profético!

CLXII

THRENOS Ó TRINOS

ó sea *Lamentaciones de Jeremías, con la añadidura de una Oración del mismo profeta.*

Así se titula el libro á que Jeremías debe su

bien asentada reputación de llorón. Digo, sin embargo, en descargo de mi excomulgada conciencia, que la palabra *trinos*, que yo hago sinónima de *threnos*, no aparece en el texto, ni sé á ciencia cierta que ambas ó dos sean equivalentes. Pero, como cuando un hombre está quemado y escocido se dice de él en castellano, *está que trina*, y Jeremías, al lamentarse en su libro, quiere coger el cielo con las manos, en fuerza de hallarse enfadado, me figuro yo que lo que propiamente hace es *trinar* y que su composición resulta un *trino*. De aquí mi liberalismo traductoril, que espero pase el lector en gracia á la buena intención teológica, y al respeto que me inspira el habla castellana, en que eso de *threno* suena á extranjería.

Habiendo pasado por alto el anotar que Jeremías, al igual que su digno maestro el Espíritu Santo, desconocía la relación de la circunferencia al diámetro, según consta en capítulo LII, versículo XXI de su *Profecía*, parece que puedo entrar sin escrúpulo de rondón en los comentarios de los trinos, tanto más cuanto que ellos comienzan explicando circunstanciadamente cómo se colocaba para trinar el profeta, que era de la siguiente manera:

«Se sentó el profeta Jeremías llorando y endechó sobre Jerusalem con esta lamentación y suspirando con amargura de ánimo y dando alaridos.»

Sentado, pues, para más comodidad; llorando para desahogar el ánimo entristecido; suspirando para aliviar el encogido pecho; y, dando al mismo tiempo fuertes alaridos, como al que le repelan duro, sin flauta, lira, ni viola, trinó Jeremías lo siguiente:

«¿Cómo está sentada solitaria la ciudad llena de pueblo? ha quedado como viuda la señora de las naciones: la princesa de las provincias ha sido hecha tributaria.»

Convengo desde luego en que ésto es muy bonito, todo lo bonito que quieran Carulla y Castellar, que aunque parecen dos polos, no son más que los extremos de una misma cuerda. Pero hecha esa convención, pregunto yo: ¿Es que antes de que la tomara Nabuzardán, estaba de pie Jerusalem? ¿Es que no hay muchas viudas que se alegran y remozan con la muerte de sus maridos? ¿De qué naciones fué señora Jerusalem? ¿De cuáles provincias princesa, si las diez tribus de Israel desde el tiempo de Roboam se habían llamado andana?

Sigue la música.

Lloró hilo á hilo en la noche (¡una ciudad llorando!) (mucho atrevimiento es este y mucha metáfora), *y sus lágrimas en sus mejillas* (pues no, que le podían correr por el cogote): *no hay quien la consuele* (¡pobrecilla!) *entre todos sus amados*, (¡ingratos!); *todos sus amigos la despreciaron y se le hicieron enemigos* (¡buena sería la doncella cuando todos van contra ella).

Suprimo el tercer *jipio*. Dice el cuarto:

Los caminos de Sión están de luto (aviso al cuerpo de Ingenieros para que adopte esta moda en la carretera del Escorial cuando llegue el caso), *porque no hay quien venga á las solemnidades*: (aquí duele, porque en estas solemnidades es donde echaban los levitas el gancho á las ollas de los romeros): *todas sus puertas destruidas*: *sus sacerdotes gimiendo* (¡claro está! no les pagaban el diezmo y las primicias): *sus doncellas desaseadas y ella oprimida de amargura*.

Trinado esto, Jeremías decae visiblemente. Los versículos V, VI, XII, VIII, IX, X y XI, como todos los demás, señalados con una letra del alfabeto hebraico, son repetición de otros esparecidos por la profecía, los cuales podrán tener su mérito poético en hebreo, pero en castellano no tienen maldita la gracia.

Pasemos, pues, al XII, señalado con esta letra,

que en ciertos casos puede ser hasta una porquería, *lamed*.

«O vosotros, todos los que pasais por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor; porque me vendimió, como habló el Señor, «en el día de la ira de su saña.»

Admírense los bobos de estos trinos; yo guardo mi admiración para aquellas estrofas de la elegía «A la patria» de Espronceda.

¡Oh vosotros del mundo habitadores!

Contemplad mi tormento.

¡Igualarse podrán ¡ah! qué dolores

Al dolor que yo siento?

Yo, desterrado de la patria mía

Etcétera.

O aquellos tercetos de Carlos Rubio, que empiezan así:

Aves que vais hacia la patria mía,

Como van mis suspiros lastimeros,

Llevalde un beso que mi amor le envía.

O aquel romance de Becker en que se repite esta sublime exclamación:

¡Dios mío qué solos
se quedan los muertos!

Porque aunque fuesen cosa peor que la *vendimia* de una ciudad, tampoco había puesto en ella mano el Espíritu Santo, que de meterse á hacer versos, debiera hacerlos siquiera del calibre siguiente:

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora

Campos de soledad, mustio collado,

Fueron un tiempo Itálica famosa.

Resúmen: que esta Itálica, donde no nació ningún profeta, fué mejor llorada que Jerusalén, donde crucificaron á Dios, con la ventaja de que á Rioja todavía no le han canonizado.

En el versículo siguiente, que es el XII, señalado con la letra *men*, la mitad casi de mentira, dice:

De lo alto envió fuego en mis huesos (los hue-

sos de Jerusalén supongo que serían sus torres, y el fuego la chamusquina que de ellas hicieron los caldeos, lo que no veo es lo alto en este negocio tan bajo): *tendió una red á mis pies, me hizo volver hacia atrás* (si la red no es una zancadilla, tampoco lo entiendo): *me puso desolada, consumida de tristeza todo el día.*

A otra letra.

Estuvo en vela el yugo de mis maldades (de tan sutil se quiebra este hilo): *con su mano fueron arrolladas y puestas sobre mi cuello: enflaquecióse mi fuerza: me entregó el señor en una mano, de la que no podré levantarme.*

He copiado esto para desencanto de literatos cursis y para apreturas de teólogos hueros. Oigan bien. *Me entregó el Señor en una mano, de la que no podré levantarme.* ¿Puede decirlo más claro? No. ¿Y puede haber cosa más turbia que esta profecía? Tampoco. Pasados setenta años, los llevados á Babilonia volvieron á Jerusalén.

Otra letra que es la Phe:

«Extendió Sión sus manos, no hay quien la consuele: envió contra Jacob sus enemigos alrededor de él; ha sido Jerusalén entre ellos como una amancillada con la menstruación.»

¡Uf! ¡Qué peste de Jerusalén!

¡Qué sucio de profeta! ¿Cómo habrá verificado esto el perínclito Carulla?

Contenido de la letra Res:

«Mira, Señor, que estoy atribulada, conturbado está mi vientre (cada paso es un gazapo, cada versículo es una suciedad); trastornado ha sido mi corazón dentro de mí misma, porque llena estoy de amargura: por afuera mata la espada, y en casa hay muerte semejante.»

No está del todo mal lamentado ó trinado esto, de que en la muralla la espada y en casa el hambre consumían á Jerusalén; pero en realidad de verdad, no veo aquí cosa que á la teología haga

referencia, ni ponga en espetera á la literatura; por lo cual doy por terminadas mis advertencias al primer *trino*, *threno*, ó sea lamentación, intimamente convencido de que Martos, si Dios no lo remedia, ha de trinar contra Sagasta mejor, mucho mejor que trino Jeremías contra Nabucodonosor.

CLXI

Aunque los católicos dicen que Jeremías fué, como profeta de desastres, la flor de la canela, yo no me propaso á creerlo, puesto que el buen señor nada profetizó de mi amigo Ramón Chies. De éste sí que se puede y debe decir, que cuando no está preso le andan buscando, y que nació condenado á eterno empapelamiento y á hacerle la rosca á jueces y escribanos. Apenas pone mi hombre la pluma sobre el papel, denuncia al canto; tan pronto como abre el pico, proceso en puerta. Por fortuna, hasta el día de hoy, aunque no ha estado una sola hora en la cárcel, lleva sobre sus hombros holgadamente un ciento de años de presidio que han pedido para él los señores fiscales; pero como cántaro que va mucho á la fuente, al fin y á la postre se rompe, ¿quién me fia á mí que la mejor noche no nos veamos trasladados, por arte de encantamiento, desde la cama á la cárcel? Nadieseguramente. Porque aquí, donde los fiscales leen con lentes de aumento y los policías oyen lo que se les antoja, las barrabasadas son cosa corriente, y los atropellos están á la orden del día, siempre que de republicanos se trata.

Allá en Grecia hubo dos filósofos de los cuales uno de todo se reía, y el otro por todo lloraba. No diré yo que tenga parentesco con ninguno de los dos; pero lo cierto es que yo no puedo ver las cosas de este mundo sin advertir en ellas un motivo para reír. Y en todo ese fárrago de denuncias de mi amigo Chies, yo sólo veo el *sigto* que para él llevan reclamado los fiscales que tan

mal le quieren, que quisieran verle en presidio, y me río al advertir que para si desearian esos caballeros, como el mayor de los bienes, lo que piden para otro como el mayor de los males, concluyendo por lanzar una risotada y decir:

—Que Dios los oiga, ya que no los oyen los tribunales, y lamentese Jeremías, que Riofranco no nació para hacer puchereros con la cara.

Palabras que me traen, como de la mano, á mi propio y genuino oficio de comentarista bíblico, ni menos aperreado, ni menos zarandeado por los fiscales en sus risas, que el de mi amigo Chies en sus seriedades; pues si él se lleva un siglo de cárcel á costas, llévome yo mis noventa y nueve años como si llevara una pluma, aunque más valiera no nombrar la soga en casa del ahorcado, pues á la pluma debemos ambos los dos siglos de chirona que nos esperan... sentados. ¡Bien aventurados, de todas maneras, los que usan cerdas! Con ellos no reza el Código penal, sino el presupuesto del culto y clero en algunas de sus más nutridas partidas, como aeabo de observar en Toledo, en cuya catedral viven gordos y contentos la friolera de noventa canónigos, que cantan en mal latín y en perverso castellano.

Pero dejándolos dormir sus siestas en paz, ya que no en gracia de Dios, volveré definitivamente á Jeremías, que comienza á lamentarse así, en su capítulo II:

«¿Cómo cubrió el Señor de obscuridad en su furor á la hija de Sión? Arrojó del cielo á la tierra á la inclita de Israel, y no se acordó de la »peana de sus pies en el día de su furor.»

Dejando á un lado lo del *dia de su furor*, puesto que no se trata de un perro rabioso, responderé á la pregunta del profeta que eso de cubrirse de obscuridad pasa todos los días del año en la latitud de Jerusalem, por la sencilla razón de que andando siempre la tierra haciéndole la ros-

ca al sol, como ella es redonda, por fuerza le ha de volver por mitad la trasera á *Su Majestad Cerulea*, y á esto llamamos noche, y no á lo que dice el primer versículo del *Génesis*.

Lo de que no se acordó de la *peana* de sus pies es un decir de Jeremías, pues lo que Jehová hizo fué dar un puntapié mayúsculo á semejante taburete.

Seguidamente el profeta en varios versículos nos describe á *Jehová furioso*.

«Retiró atrás su derecha á vista del enemigo...»
 «Entesó su arco como enemigo, afirmó su derecha como adversario, y mató todo lo que era hermoso á la vista... Se hizo el Señor como enemigo; precipitó á Israel, precipitó todas sus murallas, desbarató sus municiones..., llenó de abatimiento á hombres y mujeres..., desbarató como á un huerto su tienda...; entregó al rey y al sacerdote... Desechó el Señor su altar, maldijo su santuario, entregó en mano del enemigo sus murallas torreadas...»

¿He dicho Jehová furioso? Pues conste que dejó atrás, si no á Orlando furioso, al menos al perinclito Ferragut, que nos describe Quevedo, apareciéndose á Argalia y reclamándole á Angélica con estas cultas palabras:

Daca tu hermana ó daca la asadura,
 escoge el que más quieras de estos dacas;
 Tu cuñado he de ser, ó sepultura,
 Y á los gigantes he de hacer piltracas.

Y más adelante:

Dame (le dijo Ferragut) tu hermana.
 Que la quiero sorber con miraduras;
 Y ha de ser mi mujer, ó esta mañana
 Te desabrocharé las coyunturas.
 No me gastes arenga cortesana,
 Ni me hagas medallas y figuras;
 Tu muerte en mis palabras te lo avisa;
 No quiero dote, dácala en camisa.

Tras lo cual generoso amante recarga en lo

del daca con la cortesana añadidura que sigue:

Tu hermana me darás, y sabugada,
 Por si el temor ha hecho de las tuyas,
 Que no respeta encantos esta espada,
 Ni te valdrá que charles ni que huyas.

A lo que, respondiendo de conformidad el apretado hermano, añade Ferragut:

Pues ve respailando, y á tu hermana
 Dirás que yo la quiero por esposa,
 Y que tengo razón y tengo gana,
 Y dirás que también tengo otra cosa.

Concluyendo, luego que la deseada Angélica se escapa de sus garras, con estas sentidísimas frases:

Marido en pena y boda perdurable,
 Te seguiré sin admitir reposo,
 Hasta que tu persona desendiable
 Berriando los ímpetus de esposo;
 Si en la guerra perezco formidable
 Debajo de las mantas soy donoso;
 Si vas volando por los campos verdes
 Buenos diez pares de peñados pierdes.

Citas con las que he querido demostrar que el *Señor furioso*, descrito por Jeremías, y el Ferragut del *Orlando enamorado*, de Quevedo, eran, el uno para la venganza religiosa y el otro para el amor profano, dos perlas, así en el decir como en el hacer. Ferragut, tumba gigantes cárcel? Nadie como si fueran de alfeñique y Jehová ciudades como si fuesen de alcarabea. Y ambos á dos cultos como una damisela inglesa, de las que se ponen coloradas con sólo oirse llamar bonitas.

«Desfallecieron mis ojos de tantas lágrimas;»
 «—añade el misero profeta—se han conturbado mis entrañas; mi hígado fué derramado por tierra.»

Basta, porque considero absolutamente imposible que un hombre, aun siendo un profeta, pueda decir ni escribir cosa alguna después de

encontrarse, á modo de caballo de la plaza de Toros, con el hígado por fuera de la barriga.

Pues no basta, porque con el hígado por el suelo, Jeremías sigue lamentándose con grande primor de estilo.

«Tus profetas—dice entre otras muchas cosas—vieron para tí cosas falsas, y necias, y no te manifestaban tus maldades para moverte á penitencia; y vieron para tí falsas profecías y expulsiones.»

Como la gran masa de los profetas, principalmente aquellos de los tiempos históricos, han resultado de la especie aquí descrita, resulta la cosa más natural y lógica del mundo lo que hacemos los librepensadores: esto es, que así que un hombre despunta de profeta y presume de adivino ó visionario, se le enviamos bien recomendado á mi muy querido amigo y correligionario el sabio doctor Esquerdo.

Porque como él no le contenga en el camino de la chifadura, de fijo que da con su espíritu profético en un manicomio.

«Mira, señor, y considera á quien has vendido así: ¿con que las mujeres comerán su fruto, chiquitos del tamaño de la palma de la mano..?»

Aunque son muy chiquitos estos niños del tamaño de la palma de la mano, que se comen las mujeres de Jerusalem, siempre resulta una asquerosísima comida.

Vaya con la que nos encontramos á estas alturas: que las señoras judías eran aficionadas á la antropofagia. Ahora me explico aquella barbaridad de asar los niños en un toro de bronce. Es que en tiempos de paz preparaban el estómago para los tiempos de guerra. Axioma viejo resulta aquel del *Vis pacem paravellum*.

El capítulo III de estas *Lamentaciones* viene á ser un conjunto de trinos cortos y agudos, que ni juntos ni separados hacen sentido perfecto;

una especie de *saetas* á la sevillana, en que Jeremías se despacha á su gusto, llorando á moco tendido.

El sujeto á quien se dirige y hace referencia en todos esos *jipios*, es indudablemente Jehová; porque ¿quién, á no ser este furiosísimo señor, podía tener gusto en poner al profeta de Anathot en las comprometidas situaciones siguientes?

«Hizo envejecida mi piel y mi carne, quebrantó mis huesos. Introdujo en mis riñones las hijas de su aljaba (vulgo *saetas*). Me llenó de amarguras, me embriagó de ajeno.»

«Y quebró mis dientes uno á uno y me dió á comer ceniza.»

Los canónigos de nuestras catedrales, durante las horas que se pasan cómodamente cantando, suelen, en ocasiones, *endecharse* los unos á los otros estas *saetas* jeremiacas. Y tiene gracia, pero mucha gracia, oír decir á un sano y colorado prebendado con voz de trueno *introdujo en mis riñones las hijas de su aljaba*, y contestarle otro, que viene de engullirse un par de perdices en compañía de su ama, *me dió á comer ceniza*.

¡El epigrama teológico elevado á escarnio del presupuesto del culto y clero!

Hablemos un instante de otro epigrama que tengo delante de los ojos, y son estos preciosísimos jardines *reales* de la Granja de San Idelfonso, en que mi excomulgada pluma republicana traza estas líneas á la hora de la siesta de este jueves 11 de Julio de 1889, en la amabilísima compañía de media docena de ruiseñores, que cantan que se las pelan en las ramas del tilo que me presta sombra fresca y agradable. Aquí hay un incomparable paseo sin alma viviente que le aproveche, y allá, en ese Madrid que desde esas cumbres se divisa, hay una infinidad de gente, sudando la gota gorda... y sin jardines donde respirar y tomar la fresca.

En lo que hallo yo una de las más epigramá-

ticas razones en que fundan las almas caritativas y los corazones generosos su amor á la monarquía, y la Historia uno de los motivos de más gloria para el primer Borbón, que trazó este Versalles... y para la compañía de los ferrocarriles del Norte, que ha tardado veinticinco años en traer la locomotora á Segovia, y luego que la ha traído chupa once pesetas sesenta y cinco céntimos de todo cuerpo humano que aquí viene á respirar...

Pero es lo que dirán los sabios católicos, alabando la providencia de Dios: Si no existiese La Granja, ó no se gastasen en su conservación tantos millones, ó la pleve invadiese estos jardines con la baratura del transporte, ¿qué sería de los pobres ruiseñores de la sierra? ¿qué de las miserables hormigas? ¿qué de los innumerables abejorros que en esta *soledad augusta pueblan la sombra de rumbos*.

CLXIII

Añadido á la natural pesadez de Jeremías el sofocante calor con que se nos está metiendo la canícula por las puertas del cielo, se hace insupportable la lectura de la Biblia, y como ella de por sí es la cosa más vana y huera de este mundo, que se descataloga á toda prisa, conviene abreviar comentarios y finiquitar cuentas con Jeremías, que está dando las boqueadas. Digo, el propio y mismo Jeremías, siglos hace que las dió: ha de entenderse, pues, que lo que agoniza y muere es el libro que escribió, en cuyos tres últimos capítulos, á fuerza de rebuscar, hallo los interesantes disparates que siguen:

«Bueno es para el hombre el haber llevado el yugo desde su mocedad.»

¡Un cuerno! exclamó cierto pollo que esto me oyó leer: eso de los yugos sólo cumple á los bueyes.—Y á los buenos católicos, amigo mío, le repliqué; que no se pescan truchas á bragas en-

jutas ni se entra en el reino de los cielos [sin haber ejercido de manso aquí en la tierra.

«¿Quién es el que dijo, que se haría algo, no »mandándolo el Señor?»

Cualquiera podría decirlo y tendría razón; pero conviene dejar el aforismo intacto y sacar las consecuencias teológicas. ¿Ves á un malvado acechar en la sombra a un hombre de bien, y, al pasar éste, lanzarse el miserable sobre él, puñal en mano y derribarle en tierra cadáver?—Pues en aquel momento, acuérdate de esto que dice el profeta *nada se hace sino por mandamiento del Señor*, y guárdate de ir contra la divina voluntad, si por acaso quieres vivir como perfecto católico.—¿Ves un desdichado cojo, manco, tuerto, gangrenoso, tendido en el camino, implorando la pública caridad?—Pues toda aquella lástima es obra y mandamiento del Señor, que como tal debes respetar, etc., etc., por que la materia es inagotable en beneficio de la estupidez y de la perversidad humanas, á que sin embargo han sabido poner los propios hombres sus límites y riberas, proclamando otras sentencias, como «fiat de la Virgen y no corras,» «ayúdate y Dios te ayudará,» «á Dios rogando y con el mazo dando» frente á estas de que todo es santo y respetable por proceder de la divinidad, que en nada debe ser contrariada por el buen católico.

«Pusiste nube delante de ti para que no pasase oración.»

Esto es simplemente cómico. En vez de taparse las orejas con algodones para no oír, Jehová se envolvía en una nube. El buen señor no conocía siquiera ese ingenioso aparatito que se acaba de inventar para sustraerse á los ruidos que no agraden ó no conviene escuchar. ¡Si andará atrasado de noticias científicas el buen Dios de los judíos!

«No creyeron los reyes de la tierra, ni todos